

del príncipe de los apóstoles: piedra donde se estrellan los hijos de Babilonia, y pontífice que preside siempre en esta silla, sin dejar la compañía del eterno sacerdote, para que debamos atribuir la penitencia de Febronio á su seguro patrocinio.

Tenemos tambien á la vista, y á nuestro lado el glorioso cuerpo del grande S. Leon, órgano ciertamente, por el que nos habla Jesueristo, y pontífice, á quien hallamos siempre abogado y defensor de la verdad (1), y cuyos escritos presentan suavísimas descripciones á los lectores.

Gloriémonos, pues, en el Señor, venerables hermanos, y subiendo al primer origen y principio de esta conversion de Febronio, demos gracias inmortales, demos perpetua alabanza, demos continua gloria y honor á aquel que tiene en su mano el corazon de los hombres, y los instantes del tiempo.

(1) *Theodoret. Episc. Cyr. ad S. Abund. Episc. Comens. apud Baron. ad ann. Christi. 450. n. 33. Tom. 8. Annal Edit. Lucens.*

CAPITULO III.

AUTOREM FIDEI

Bula de nuestro santísimo P. Pio VI. de gloriosa memoria, condenatoria del execrable sínodo de Pistoya.

Condenacion de muchas proposiciones entresacadas de un libro impreso en idioma italiano con el título de *Atti é decreti del concilio diocesano di Pistoya dell' anno MDCLXXXVI. — In Pistoya per Atto Bracali, Stampatore Vescovile. — Con approvazione;* hecha por nuestro santísimo Padre y Señor el Señor Pio VI por la divina providencia papa, prohibiendo al mismo tiempo el sobredicho libro, y otros cualesquiera que en su defensa acaso se hayan publicado ya, ó se publicaren en lo sucesivo.

PIO OBISPO.

Siervo de los siervos de Dios.

A todos los fieles cristianos salud, y la apostólica bendicion.

El apóstol nos manda, que contemplando á Jesus auter y consumidor de nuestra fe, reflexionemos cuidadosamente cual y cuan grande contradiccion contra si mismo sufrió de los pecadores, para que no lleguemos en algun tiempo á decaer de ánimo, y casi experimentar la ruina

por la fatiga de los peligros y trabajos. Se hace mas necesario el fortificarnos y esforzarnos con esta saludable reflexion quando con mas vehemencia se irrita la furia de esta cruel é interminable conjuracion contra el mismo cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, para que confortados por el Señor y con el poder de su brazo, protegidos con el escudo de la fe podamos resistir en el dia malo, y extinguir los encendidos dardos del espíritu maligno. A la verdad, en estos tiempos, fan revueltos, en el presente perturbadísimo trastorno de las cosas, es forzoso que todos los buenos, hayan de pelear contra todos los enemigos del nombre cristiano de cualquier género que sean; pero es mas fuerte la lucha que nos mismo habremos de sufrir, á cuyo cargo, por el cuidado y gobierno de toda la grey que se ha encargado á nuestra pastoral solicitud, incumbe el zelar mas que todos por la cristiana religion. Pero en medio de lo pesado del gravámen que se ha impuesto sobre nuestros hombros de soportar las cargas de todos los que se ven agoviados, quanto mas ciertamente conocemos nuestra flaqueza, tanto mas afirma nuestra esperanza y nos alienta la calidad de este nuestro apostólico cargo, establecida por Dios en la persona de san Pedro, que quien nunca habia de dejar el gobierno de la Iglesia que una vez le habia sido en comendado por Cristo, jamas dejase de llevar las cargas de este gobierno apostólico en aquellos que Dios le diese por herederos en la dignidad para protegerlos con sucesion perpetua y defenderlos.

Y ciertamente en estos trabajos, que por todas partes nos cercan, se ha juntado como por colmo de las demas molestias el que de donde deberia venimos el gozo, de alli nos vienesse la mayor tristeza. Pues quando algun prelado de la sacrosanta Iglesia de Dios, abusando del carácter de sacerdote, aparta al mismo pueblo de Cristo de la senda de la verdad ácia el precipicio de una estraviada persuasion, y esto en una gran ciudad, entonces sin duda han de duplicarse los lamentos, y aplicarse mayor solicitud.

Ha habido á la verdad, no en las tierras mas remotas, sino á la faz de toda Italia, á los ojos de Roma, y cerca de las Basílicas de los apóstoles: ha habido un obispo, insigne por el honor de dos sillas (Scipion de Ricci, antes obispo de Pistoia y de Prato), á quien con paternal amor recibimos quando vino á nos para tomar el cargo pastoral: el cual en el mismo rito de su sagrada ordenacion afianzó con la religion del juramento solemne la fidelidad y obediencia debidas á esta sede apostólica.

Pues este mismo, sin pasar mucho tiempo despues que habiendose despedido de nos con nuestro fraternal abrazo y ósculo de paz, llegó á la grey que se le habia confiado, engañado por los fraudes de una caterva de maestros de una perversa ciencia, comenzó á proyectar, no el defender cultivar y perfeccionar como debia aquella forma de ensenanza cristiana laudable y pacífica, que segun las reglas de la Iglesia ha-